

Los arquitectos y el complejo del Gobierno

Por Sebastián SALAZAR BONDY

LA SOCIEDAD de Arquitectos del Perú reclamó, a mediados de semana, la publicidad de los contratos celebrados por el gobierno y el llamado Grupo Alemán para la construcción, mediante créditos internacionales, de doce hospitales en el territorio nacional. Por supuesto no era la mera curiosidad la que movía a los profesionales peruanos de la arquitectura a conocer el contenido de esos documentos, sino al hecho repudiable de que, una vez más, el Estado encomendaba a técnicos extranjeros la realización de obras de carácter público. Tampoco, como es lógico, inspiraba esa solicitud ningún tipo de nacionalismo estrecho o xenofobia irracional, sino la conciencia de que la prescindencia de la intervención de realizadores del país en trabajos destinados al servicio nacional es una norma de este régimen que tan pronto agita banderas de patriotismo —cuando le conviene políticamente agitarlas— cuanto opera con un criterio desdénso hacia la capacidad creadora de sus compatriotas. Hasta el momento de escribir esta nota, la respuesta no ha sido expedida. De nuevo, pues, prevalece la política de oídos sordos, tan característica de quienes hoy rigen la vida del Perú.

BIEN SE HA dicho que hay un doble efecto en la obtención de un crédito extranjero: se consigue una obra, que ha de ser de beneficio notorio, y se da oportunidad de trabajo a quienes, generalmente con esfuerzo singular, han ganado un título profesional en los centros docentes del Estado. No se comprende, en verdad, para qué la nación tiene universidades y por qué otorga títulos, si en el momento en que necesita la intervención de los especialistas que prepara y autoriza a ejercer, funciona ese complejo de inferioridad que considera la capacidad extranjera como milagrosa. Hay en esto algo que trasciende la mera anécdota: esa actitud de los gobernantes pone en circulación la humilde idea —causa de tantos males— de que lo que los peruanos hacemos es, por ser obra de peruanos, decididamente defectuoso e imperfecto. Si el sentimiento de depresión se convierte en parte constituyente de nuestra naturaleza, cualquier momento en que haga falta confianza en lo propio nos hallará desarmados y, en consecuencia, derrotados de antemano. La historia es un reto, ya se sabe, y nosotros, comenzando por aquellos que dirigen la existencia del país, hacemos cesión de nuestra responsabilidad al que, por venir de fuera, se nos ofrece con la aureola del poder total.

ES FACIL explicarse, entonces, dado este hábito servil del gobierno, por qué, en otros terrenos, se tiene a la intrusión como fuente de dones. En ese cuadro, el reverencial respeto a empresas que como la IPC explotan nuestra riqueza y que la llevan, con el agravante de que aun ante la evidencia de su ilegalidad se les admite una postura insolente y ofensiva para la dignidad nacional, la humillación de nuestros conductores es casi una doctrina. Más contraproducente que el coloniaje real, efectivo, concreto, es esa disponibilidad a ser propiedad ajena que tipifica a los hombres que desde los organismos oficiales tienen en sus manos el manejo de la república. Si el nacionalismo fanático es condenable, el otro extremo no es menos merecedor del repudio. Nuestros arquitectos —hay muchas muestras de su capacidad— pueden hacer los doce hospitales, y debieran hacerlos. El gobierno los deja al margen de esta oportunidad de quehacer y creación por un capricho tras el cual, quizá, obra no sólo el complejo de inferioridad al que aludimos, sino ciertos intereses. Los mismos, tal vez, que hicieron de la sequía y su hambruna un buen negocio.

EL GOBIERNO debe publicar, por eso, los contratos. Es lo menos que se le puede pedir y es lo menos, también, a lo que está obligado ante la opinión pública. De no hacerlo se añadiría en su año postrimero una mancha más que, si bien nada le hace a semejante tigre, contribuye a que el rechazo creciente de que es objeto se enriquezca con una razón más. La balumba de palabras y promesas ya se ha derrumbado. La ciudadanía pide un cambio. Ese cambio no es sólo de nombres de personas. Es de actitudes. Entre ellas está, sin duda, la de confiar más en las posibilidades del peruano, en la reserva de energías que ya ce oculta en su ser porque nadie la despierta.